



LA HORA INTERNACIONAL

GUERRA ENTRE ECUADOR Y PERU: GOLPE CONTRA SUDAMERICA

Cuando España se retiró de sus dominios americanos ante la incontenible oleada independentista que los sacudía, dejó sembrada la simiente de muchos futuros conflictos territoriales entre las repúblicas sucesoras. No lo hizo por maldad —por algún afán de dividir y provocar desgracias futuras— sino por la mera imperfección de los métodos de delimitación de la época colonial y el desconocimiento de tierras aún inexploradas.

Pero el efecto de la redacción imprecisa o ambigua de las cédulas reales y demás documentos coloniales fue el de permitir interpretaciones antagónicas y abrir conflictos territoriales que hasta hoy dividen y enguerrillan a la gran nación latinoamericana cuya futura unión es indispensable para la emancipación definitiva de sus pueblos.

En el caso de Perú y Ecuador se trata de divergencias históricas sobre la delimitación de un trozo de la Amazonia. Ya en 1829 la disputa territorial causó un choque bélico entre el Perú y la entonces Gran Colombia. A lo largo de los siglos XIX y XX continuaron las divergencias y los incidentes, y en 1941 estalló una guerra entre los dos países. La disputa territorial tradicional se vio exacerbada por la presencia de intereses económicos transnacionales (sobre todo petroleros) que se disputaban los recursos naturales de la zona. En vista de que en ese lapso los Estados Unidos fueron atacados por Japón y más que nunca la situación mundial exigía una férrea unidad de los países de América, la potencia norteamericana y las naciones sudamericanas más importantes ejercieron tremendas presiones para que se restableciera la paz en la Amazonia. Ecuador, perdedor ante Perú en el campo de batalla, tuvo que aceptar un arreglo que, para él, signifi-

caba una grave pérdida de territorio. En 1942, Ecuador y Perú firmaron en Río de Janeiro un "Protocolo de Paz, Amistad y Límites", garantizado por otros cuatro Estados: Argentina, Brasil, Chile y Estados Unidos.

Posteriormente, a partir de 1947, Ecuador comenzó a cuestionar la legitimidad del Protocolo de Río, que su diplomacia calificó de acuerdo impuesto por la fuerza de las armas y necesitado de revisiones y modificaciones. Perú, por su parte, defiende la intangibilidad y el carácter definitivo del Protocolo de Río. Cualquier declaración, por parte de un tercer Estado, en el sentido de que habría lugar para negociaciones adicionales entre Ecuador y Perú sobre la frontera amazónica, era considerada por los peruanos como indebida parcialización con los ecuatorianos y acto inamistoso. La diplomacia de Quito, por su parte, se mostraba incansable en sus esfuerzos por sonsacar a los terceros, pronunciamientos en el sentido indicado.

Sin embargo, en los últimos tres años parecía haber surgido un espíritu nuevo, de reconciliación entre los dos países, dentro del marco de la noción "economicista" y "globalizadora" puesta de moda por el predominante pensamiento neoliberal. Así como el nuevo presidente de Bolivia normalizó sus relaciones con Chile luego de un siglo de pugnas por la "salida al mar", los gobiernos de Quito y de Lima comenzaron a tratarse con mayor cordialidad. En la cumbre del Grupo de Río celebrada en Santiago en 1993, el presidente Fujimori denunció como anacrónicos y dañinos todos los diferendos fronterizos históricos e informó a los demás mandatarios, que ya había comenzado a retirar unilateralmente varios batallones de su ejército de las fronteras con Ecuador y con Chile. Dichas unidades serían incorporadas a la construcción de obras públicas.

A todas luces, el espíritu de "apertura" y de rechazo al nacionalismo tradicional, junto con presiones norteamericanas para que América Latina se desmilitarizase, estaban pacificando la región en sus áreas fronterizas neurálgicas. Pero todo cambió bruscamente a partir de principios de 1995. Fue como si, al son del cañonazo de Año Nuevo se abrieran las heridas y resurgieran los viejos fantasmas. Todos los buenos propósitos de la reciente Cumbre Hemisférica de Miami fueron puestos en duda.

En los Estados Unidos, el nuevo Congreso dominado por el ala derecha del Partido Republicano anunció tremendos proyectos de reducción de ayudas a los pobres, de refortalecimiento militar y de rechazo al concepto de la solidaridad internacional. El presidente Clinton y la minoría demócrata resistirán y defenderán el principio de la cooperación y la apertura, pero su lucha será difícil.

En México entró en súbita y grave crisis el modelo económico aperturista. La caída del peso y la fuga masiva de capitales mostraron la fragilidad de un esquema de desarrollo basado en la inestable y huidiza inversión extranjera más bien que en políticas de desarrollo industrial y agrícola interno. El impacto internacional de la crisis mexicana ("efecto tequila") hizo que se tambaleara en todo el hemisferio la confianza en las recetas aperturistas y neoliberales.

Por otra parte alentó, sobre todo en Sudamérica, a quienes creen en la conveniencia de construir un nuevo orden internacional sobre la base de la convergencia negociada entre bloques regionales soberanos, más bien que por un aperturismo generalizado, incondicional y asimétrico que conduce a la absorción de las entidades débiles por las más fuertes. Con esa idea en sus mentes, los dirigentes de Mercosur y del Pac-

Las tendencias internacionales del mes de febrero de 1995 confirman nuestra interpretación de la situación existente en los primeros días del año. Tanto en América como en otros continentes se percibe un refraccionamiento de la comunidad internacional en bandos hostiles o rivales, con conflictos entre naciones y entre entidades subnacionales y supranacionales. Las grandes contradicciones de honda raigambre sociohistórica, entre ambiciones hegemónicas imperiales, nacionalismos irredentistas, y sectores sociales o regionales en pugna por el reparto de la riqueza y del poder, mantienen toda su vigencia. Las lindas fábulas sobre un "fin de la Historia" y sobre una "globalización" fácil y armoniosa por obra y gracia del "mercado" han quedado desacreditadas ante una realidad siempre existente, de conflictos y consensos variables, que deben ser tenidos en cuenta por las fuerzas sociales afanosas de mayor justicia y libertad, como marco ineludible de su acción.

Demetrio Boersner

to Andino resolvieron, durante el pasado mes, entablar conversaciones para promover un acercamiento recíproco que, eventualmente, podría conducir a la creación de la Asociación de Libre Comercio de Sudamérica (ALCSA), capaz de negociar en pie de igualdad con las potencias del siglo XXI. Obviamente, el nuevo conflicto bélico entre dos países sudamericanos constituye un golpe contra ese proyecto de integración regional. El miserable espectáculo de la matanza entre tropas de dos pueblos hermanos afecta el prestigio de Latinoamérica, ahuyenta las inversiones extranjeras, destruye perspectivas de desarrollo autónomo, y **única-mente beneficia a quienes anhelan un aperturismo descontrolado y asimétrico que fortalezca aún más la hegemonía del Norte sobre el Sur.**

Debe procederse con cautela al tratar de determinar cuál de los dos gobiernos fue el causante inicial del presente conflicto. No parece sostenible ni convincente la versión de quienes acusan al presidente peruano de haber "provocado" la crisis "por motivos electorales". En primer término, Fujimori es el candidato más favorecido por las encuestas preelectorales peruanas, y en segundo lugar, el desencadenamiento voluntario de una guerra fronteriza constituiría un contraste tan flagrante con su mensaje a la Cumbre presidencial de 1993 (ver más arriba), que lo dejaría con **capitis diminutio** ante sus colegas.

Por otra parte, fue evidente que Ecuador (país históricamente interesado en desbaratar el Protocolo de Río y lograr una revisión territorial) mostró una excelente preparación y coordinación tanto militar como diplomática. Sus tropas avanzaron, ocuparon posiciones y las retienen, mientras su experto y bien coordinado aparato diplomático logró éxitos. Su empeño es el de sacar la solución del problema de las manos de los cuatro Estados garantes del Protocolo

de Río, y llevarlo a la OEA cuyo secretario general colombiano se movilizó en forma personal con sorprendente rapidez.

LOS BLOQUES DEL VIEJO MUNDO SE CONSOLIDAN

No obstante sus problemas internos, la Unión Europea (ex Comunidad Europea, surgida de las tres comunidades del Carbón y Acero, del Euratom y de integración económica) se amplía y ratifica su voluntad de actuar como bloque efectivo dentro del juego de las rivalidades y los equilibrios mundiales.

El 1° de enero se hizo efectiva la participación en la UE de sus tres miembros nuevos: Austria, Finlandia y Suecia. Con la entrada de esos Estados, cuya población escogió la opción integracionista en referendos celebrados durante el año pasado, la Unión Europea recibe un nuevo empuje hacia la democracia social. Los tres nuevos miembros tienen un alto nivel de seguridad social y de influencia laboral sobre las decisiones políticas y económicas. Con su presencia en la UE se debilita un tanto la tendencia neoconservadora o neoliberal en el seno de la misma.

Entre los países de la Unión Europea subsisten diferencias de criterios. Alemania y Francia, tradicionalmente muy concertadas para superar los recuerdos del pasado bélico, hoy discrepan con respecto a la forma exacta de La Europa futura. El gobierno alemán se inclina más por una federación de provincias o regiones geoeconómicas que diluirían las fronteras nacionales actuales, mientras que el de Francia mantiene la tesis de la convergencia entre Estados nacionales que conservarían plenamente su identidad y sus perfiles. Inglaterra, por su parte, conserva mucho de su tradición insular, y favorece una integración pragmática y relativamente lenta entre naciones plenamente soberanas. Por otra parte,

persisten divergencias entre los países más industrializados, de la parte septentrional del continente, y los de industrialización menor, de Europa del Sur, acerca de las contribuciones que los unos y los otros deben aportar al presupuesto de la Unión, y la amplitud de las preferencias y ayudas debidas a los Estados miembros de más bajo ingreso.

Pero a pesar de tales contradicciones internas, la Unión Europea presenta una dinámica de creciente integración, cooperación e interpenetración entre todas las sociedades nacionales que la componen. Está unida, asimismo, en su empeño de seguir abriéndose en forma paulatina para recibir en su seno a los países de Europa del Este, a medida que éstos cumplan con condiciones requeridas. También existe unanimidad con respecto a la conveniencia de que la UE establezca relaciones especiales con países del Magreb y del Mediterráneo oriental, y ejerza alguna presencia en los asuntos de África. Sobre todo, Europa occidental está decidida a enfrentar en bloque la competencia comercial norteamericana y de la región de Asia oriental.

Más al este, se está reconstituyendo el bloque euroasiático (o "eurásico") constituido por la vasta y populosa Rusia, que ha dejado atrás los impulsos liberales, occidentalistas y pacifistas que la caracterizaron durante los primeros años que siguieron a la disolución de la URSS. Como era previsible e inevitable, el pueblo ruso, luego de pasar por una etapa de ilusiones optimistas, está reaccionando duramente contra las influencias occidentales que: (a) han impuesto a Rusia una restauración capitalista salvaje y hambreadora, y (b) tratan de subordinar la política exterior rusa a las conveniencias de la alianza atlántica.

Desde la caída del régimen comunista —que suprimía la liber-

tad individual pero garantizaba un empleo y un mínimo de seguridad y equidad social a cada ciudadano— el nivel de alimentación y de salud de la mayoría de los rusos ha bajado desastrosamente, mientras una clase de nuevos ricos inescrupulosos despliega un lujo ostentoso. A ello se agrega la humillación de un pueblo heredero de Pedro el Grande, al ver que hoy se le pretende arrojar de todas sus antiguas zonas de influencia. De allí que, obligadamente, el gobierno ruso se apartó del rumbo neoliberal y adoptó una política privatizadora más lenta y cautelosa, a la vez que en materia de política exterior ha vuelto a enfatizar el hecho de que **Rusia sigue siendo una potencia importante** que no admite más reducciones o cuestionamientos de su soberanía y su natural esfera de intereses.

La acción represiva contra la rebelión separatista de Chechenia se enmarca dentro de esas tendencias generales. A diferencia de Azerbaiyán o Kasajistán, Chechenia forma parte del Estado ruso mismo. Si su secesión fuese exitosa, docenas de otras etnias fronterizas seguirían su ejemplo y Rusia se desintegraría en forma desastrosa. Países como Venezuela, al tratar de calificar la situación chechena, deberían pensar en lo que significaría una rebelión separatista (alentada desde el exterior) de una de nuestras etnias indígenas localizadas en la frontera con otro país. Pero aceptar el derecho de Rusia a resistir al separatismo, no significa que debamos aprobar los métodos brutales y excesivos que el ejército de Boris Yeltsin aplica en la represión. Como lo señala la oposición democrática y social dentro de Rusia, el gobierno de Moscú hubiera podido y debido **dialogar más y disparar menos.**

Demetrio Boersner es internacionalista, profesor titular de la UCV, embajador.